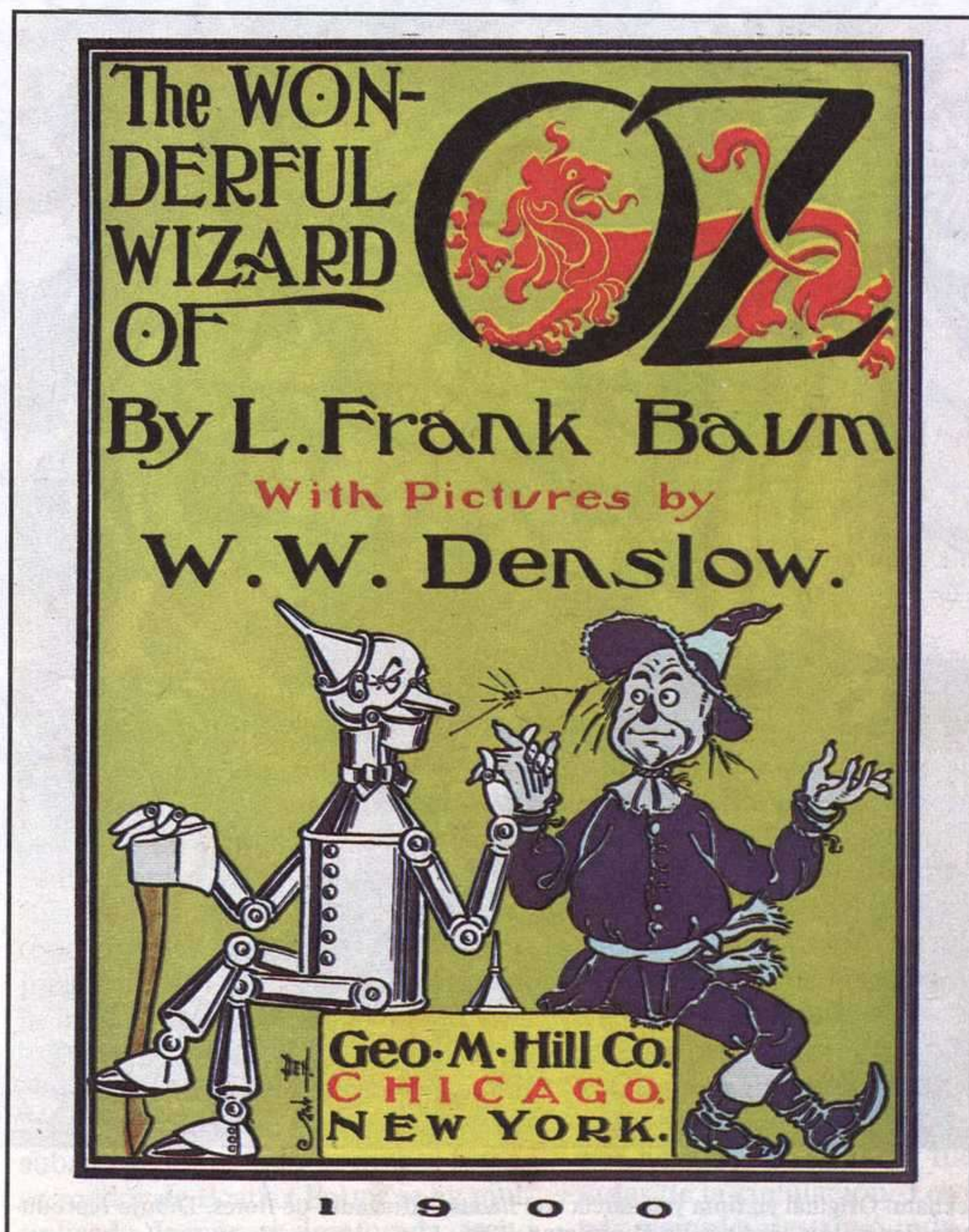


Coleccionistas de cuentos

por Cristina Ferrer



Frank Baum: *El maravilloso mago de Oz*. Ejemplar de la primera edición. 1900.

En Sotheby's, la famosa casa de subastas londinense, acababan de vender un ejemplar de El mago de Oz por casi dos millones de pesetas. Era, sin duda, una pieza interesante: una primera edición norteamericana, con 23 ilustraciones en color y muchas otras en blanco y negro. Estaba en muy buenas condiciones y no resultó extraño —al menos para los responsables del establecimiento— que el comprador llegara a pagar cuatro veces el precio inicial. Por lo visto, los libros para niños han alcanzado ya la categoría de inversión y los coleccionistas, millonarios excéntricos o simples ciudadanos en busca de la infancia perdida, se los disputan.

Según Catherine Porter, del departamento de libros infantiles e ilustrados de Sotherby's, el coleccionismo de cuentos tiene sus temas favoritos en los grandes clásicos. Cosa que no es de extrañar, puesto que los clásicos suelen ser los libros más antiguos y valiosos, las mejores inversiones. En Londres, naturalmente, las historias predilectas son las de autores británicos como la inefable Beatrix Potter, Lewis Carroll, Dickens o Stevenson. Sin embargo, los cuentos de hadas de más abolengo hay que buscarlos en el extranjero.

«Por supuesto, los primeros cuentos de hadas son franceses, de autores del siglo XVIII como Charles Perrault y Madame d'Aulnoy, o alemanes como los Grimm. Como piezas originales son valiosísimos. Además, de Alemania hemos conseguido a veces otros materiales interesantes como abecedarios ilustrados muy primitivos y libros de miniaturas».

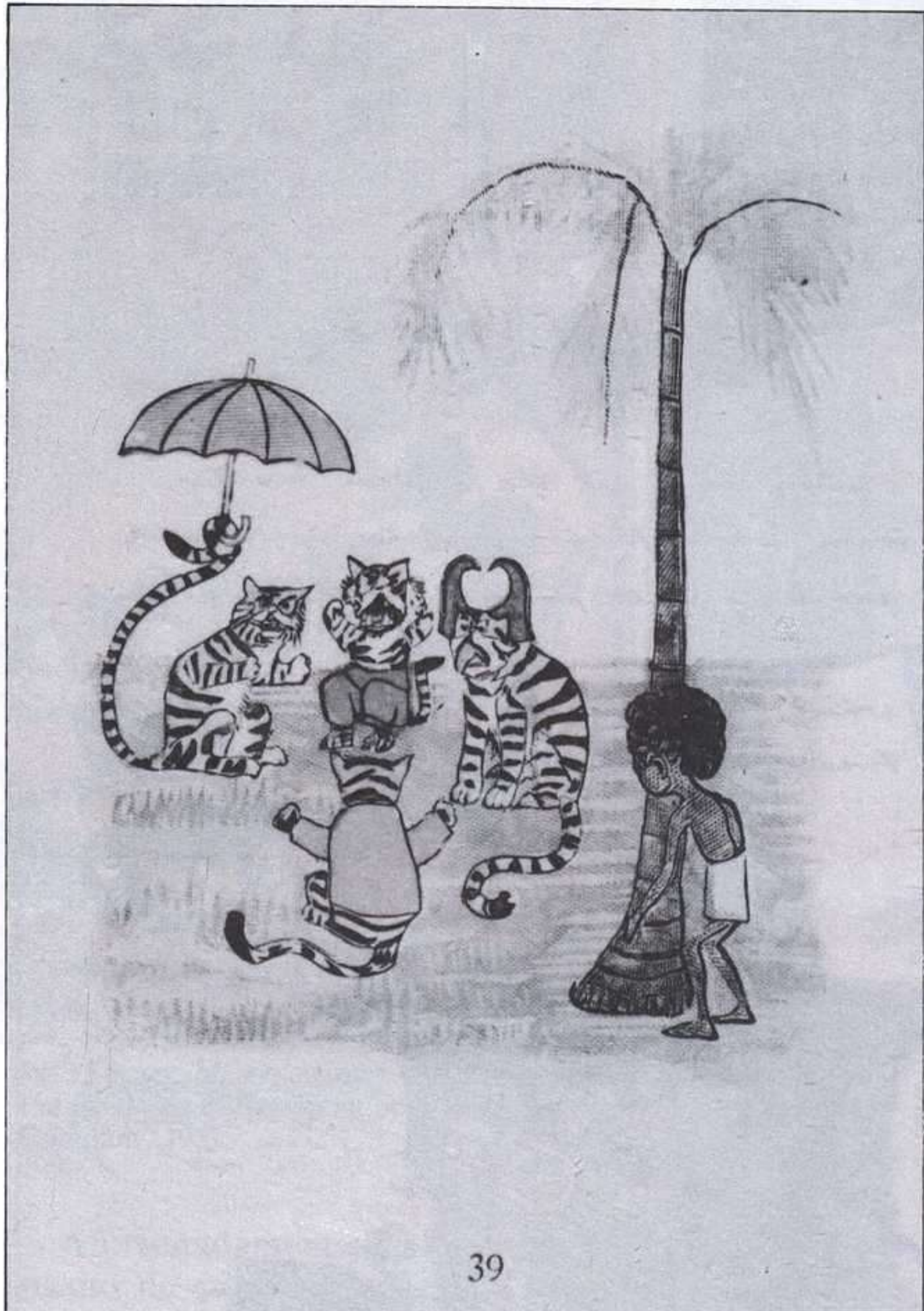
Naturalmente, los coleccionistas británicos tienen más cercanas a sus corazones las traducciones inglesas. «En este caso, probablemente el que quiera invertir sabiamente su dinero buscará una edición moderna de un cuento de Grimm con ilustraciones de Arthur Rackham».

De todas formas, con las subastas nunca se sabe. En la misma sesión que fue vendido *El mago de Oz*, la pieza más rara y que parecía más valiosa no se llegó a vender. Era *El rey y la reina de Corazones y las travesuras del Caballero que robó los pasteles de la reina*. Un cuento de Charles Lamb, originario de 1806, para el que Sotherby's había fijado un precio de salida de 1 600 000 pesetas.

Según parece, el coleccionista de cuentos raros no nace; se hace. «Los compradores son gente de todo tipo —dice Catherine— aunque a mí me sigue resultando un poco extraño comprobar que la mayoría son hombres de mediana edad. Hay quien acude buscando una copia de un libro de



Arthur Rackham: Original en tinta y acuarela con hadas disfrazadas de flores. Dibujo reproducido en *Peter Pan en los jardines de Kensington*. 1906.



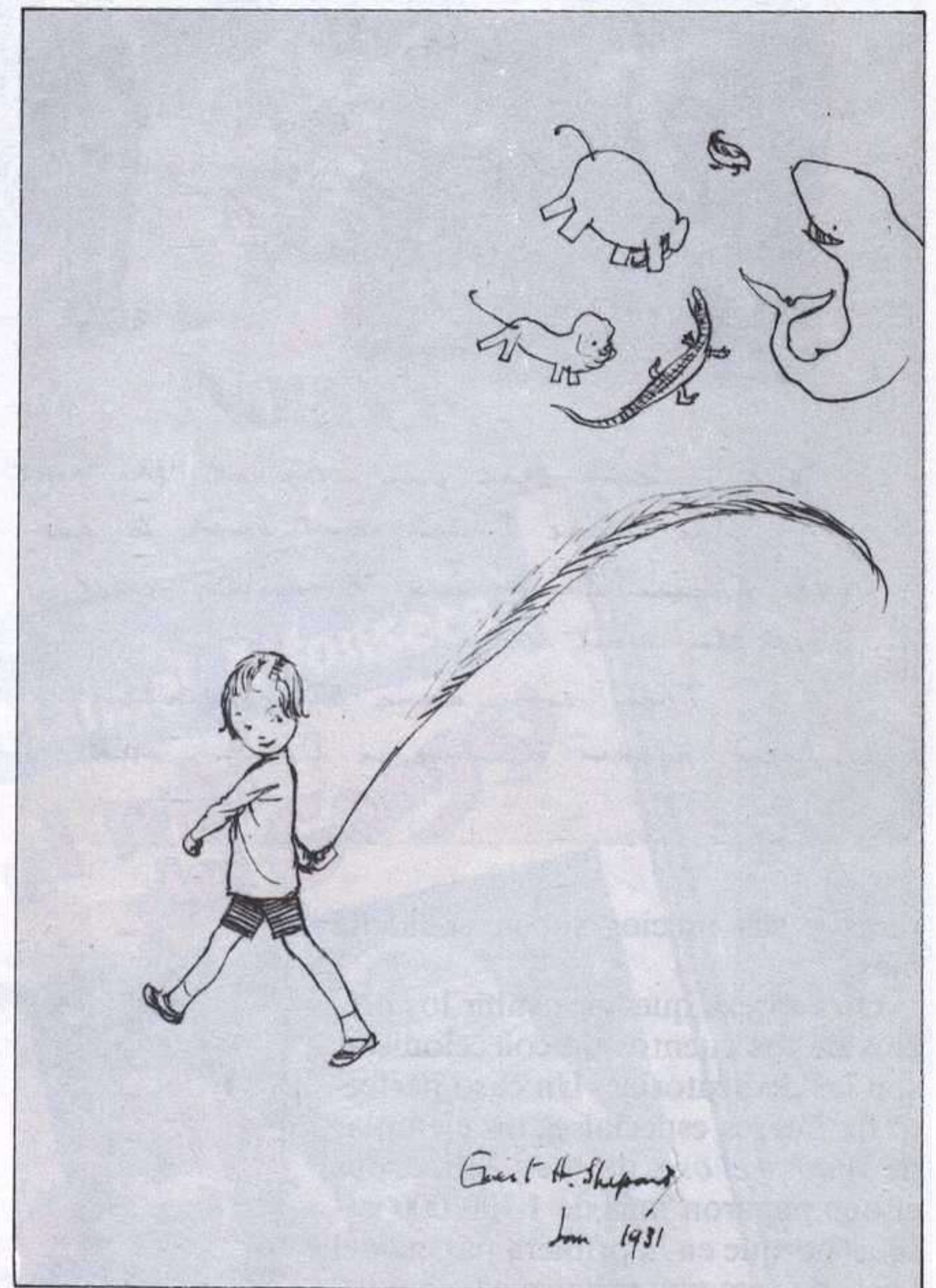
Helen Bannerman: *La historia del negrito Sambo*. 1899.

su infancia, como *Winnie el oso*, una historia de Beatrix Potter, o un libro de Walt Disney, y a continuación piensa que estaría bien tener una primera edición o un ejemplar firmado». Esta gente llega a pagar sumas bastante fuertes y son capaces de coleccionar todo tipo de objetos insólitos como juegos de té o sonajeros de plata con la imagen del popular *Peter Rabbit*.

Probablemente, el coleccionista de conejos *Peter* no es el prototipo de millonario excéntrico que frecuenta las subastas. Sobre todo porque el famoso roedor de Beatrix Potter se ha multiplicado de manera desafortunada, como

suelen hacer los de su especie, y se le encuentra por todas partes. Aún así, también hay conejos valiosos. Beatrix Potter no consiguió interesar a ningún editor en sus dos primeros cuentos —*El conejo Peter* y *El sastre de Gloucester*— y los publicó por su cuenta. La autora hizo una edición de 200 ejemplares de *Peter* y 500 del *Sastre*. Ahora cada uno de estos libritos vale su peso en oro.

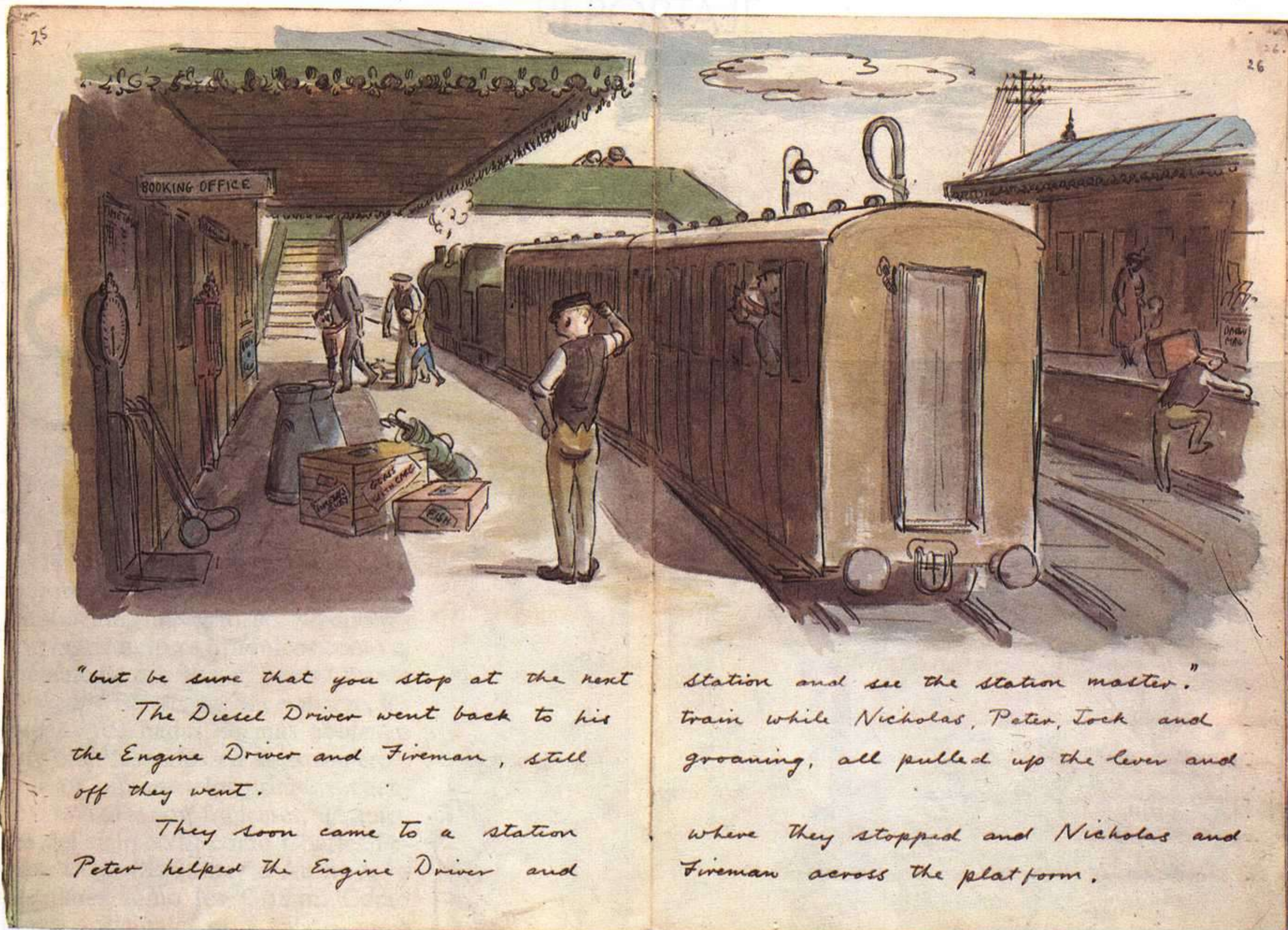
Otra variante de las ediciones privadas son las prohibidas, aquellas que por no agrandar al autor fueron retiradas de la circulación. Lewis Carroll, por ejemplo, destruyó toda la prime-



A.A. Milne: *Winnie the Pooh*. Primera edición 1926. Con la firma de Milne y un dibujo de E.H. Shepard, fechado y firmado en 1931.

ra edición de su *Alicia* porque no le gustaron las ilustraciones. Unos 20 ejemplares escaparon a su celo perfeccionista, y hace dos años una de estas *Alicias* repudiadas alcanzó en pública subasta un precio de 8 880 000 pesetas.

A veces hay libros prohibidos en el sentido estricto de la palabra. *La historia del Negrito Sambo* de Helen Bannerman, que había sido muy popular desde su publicación en 1899, está vetada ahora en las bibliotecas públicas del Reino Unido y oficialmente catalogada de racista. Así, los *negritos* se han convertido en piezas



raras y sus precios suben cada día más.

Otra rareza que hace subir los precios de los cuentos de coleccionistas son las dedicatorias. Un caso perfecto de interés especial es un ejemplar de *Winnie el oso*, de A.A. Milne, por el que pagaron más de 1 100 000 pesetas porque en la primera página del libro, que era una primera edición, venía un dibujito y el autógrafo del ilustrador E.H. Shepard.

Los ilustradores se están convirtiendo, poco a poco, en estrellas de las subastas. «Parece una locura —explica la especialista de Sotherby's— pero por un par de páginas manuscritas con las acuarelas originales de Edward Ardizzone para *Nicolás y la locomotora rápida*, unos dibujos de 30 x 20 centímetros y relativamente modernos —1946—, se llegaron a pagar 2 600 000 pesetas».

Precios así empiezan a ser corrientes. Cuando, hace relativamente poco tiempo, los coleccionistas de arte descubrieron la mina inexplorada de los dibujos originales para cuentos, comenzaron las pujas de infarto. En la subasta del semestre anterior, Sotherby's vendió un dibujo de Harry



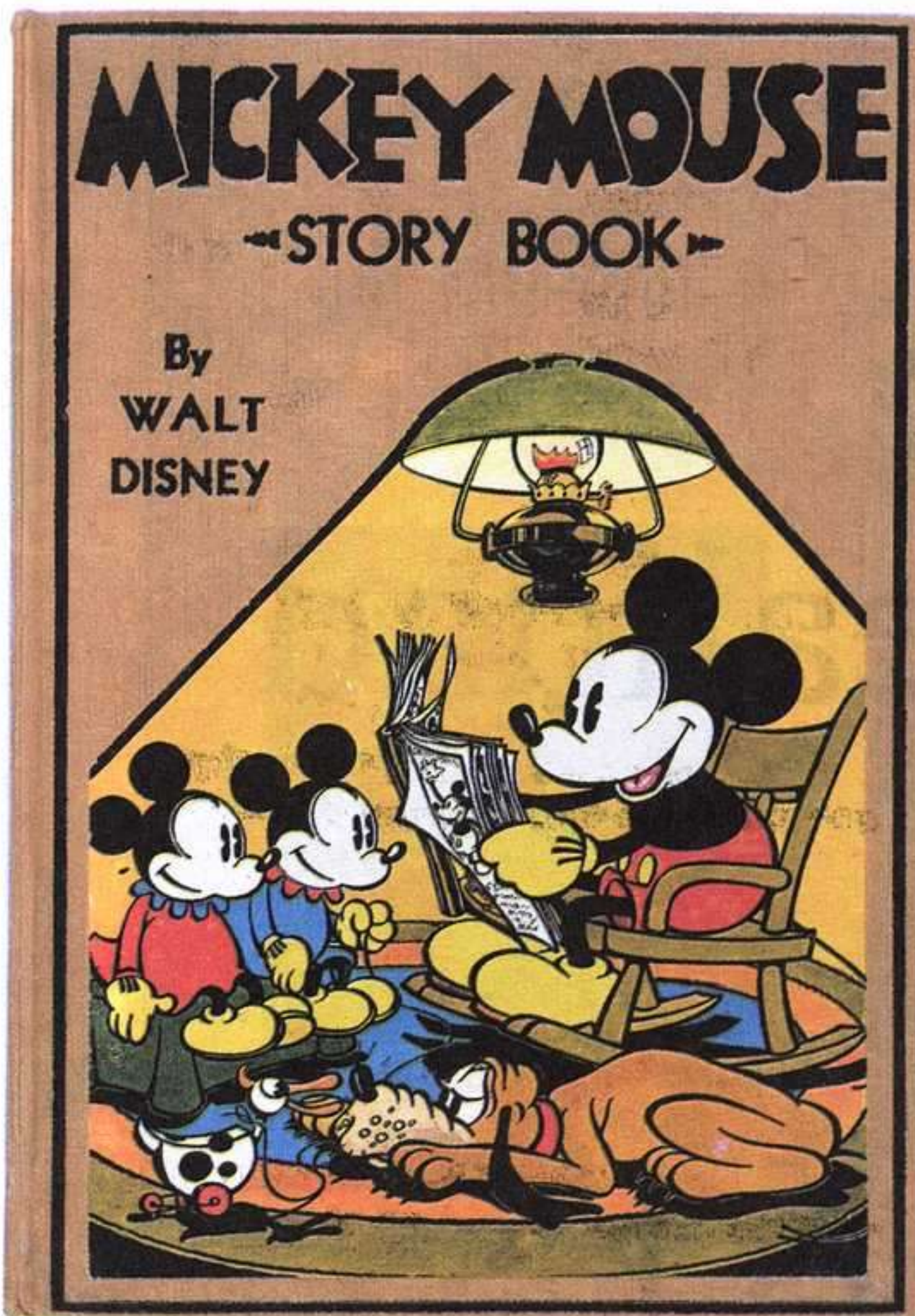
Edward Ardizzone: los dibujos y manuscrito autógrafo de *Nicholas and the fast moving diesel*. 2 de octubre de 1946.

Clarke por cinco millones y medio, y en diciembre se vendió una pequeña acuarela de Arthur Rackham, que había ilustrado *Peter Pan en los jardines de Kensington*, por dos millones trescientas mil. Nombres como Kay

Nielsen, George Cruikshank y Rackham empiezan a ser conocidos por la mayoría de los expertos en arte que, seguramente, ni siquiera se fijaron en los dibujos cuando la niñera les leyó *La Cenicienta* por primera vez.

PREMIO LAZARILLO 1988

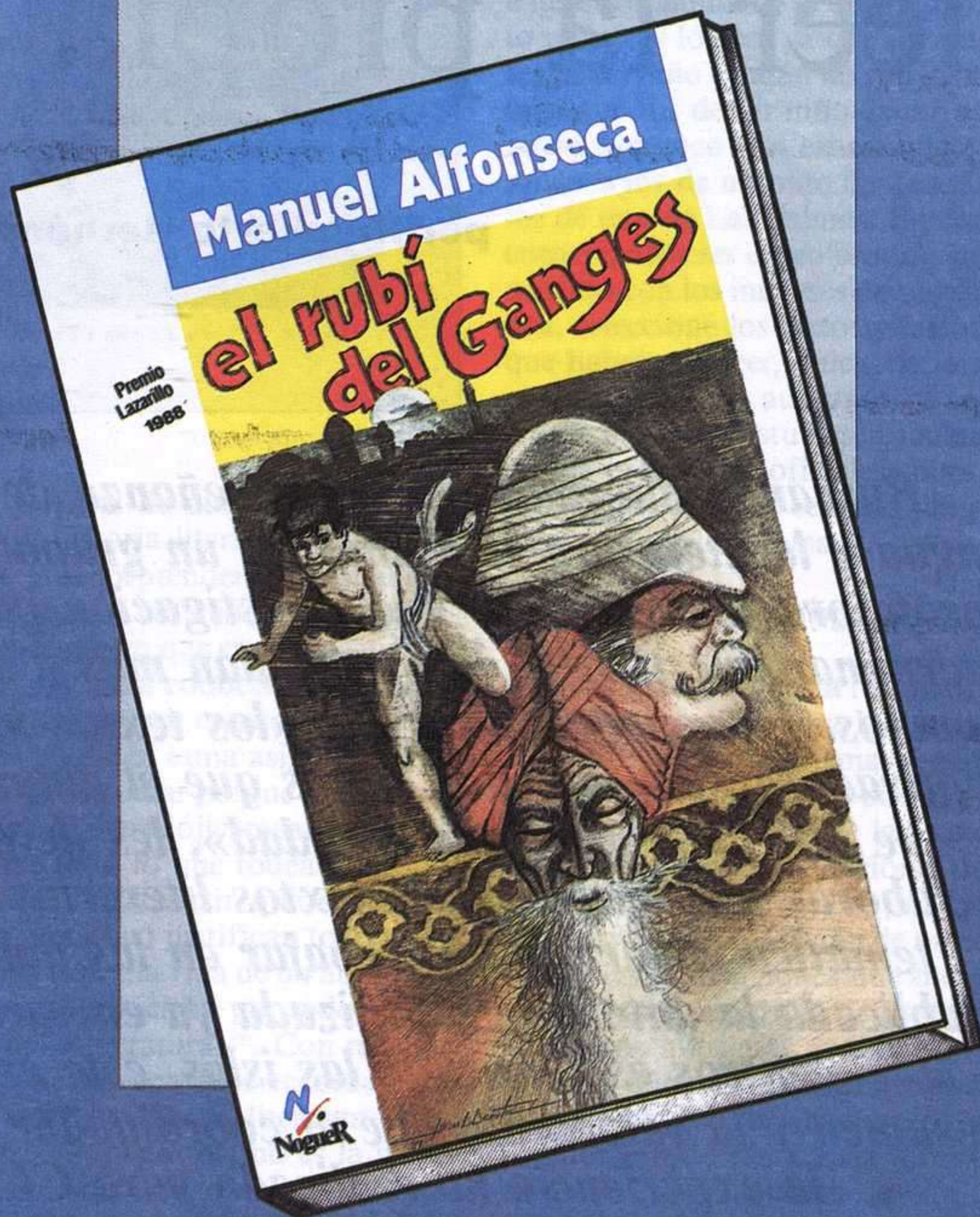
N.
NogueR



Walt Disney: *Mickey Mouse*. Primera edición. Publicado en Philadelphia por David Mc Cay Company. 1931.

Afortunadamente, en el coleccionismo de cuentos infantiles hay un elemento de magia que perturba las simples leyes del mercado y hace que algunas veces sea imposible hablar de inversiones sensatas.

Entre el origen remoto del cuento de la Cenicienta y el día de hoy hubo un momento, a mitad del siglo pasado, en que a un ilustrador victoriano, vagamente reformista, se le ocurrió diseñar un marco especial para su dibujo de la protagonista sentada junto a la chimenea con el hada madrina. Al pie del marco se puede leer: «Cenicienta o la...» y en el espacio de los puntos suspensivos se encuentra un cajoncito en el que se guarda una minúscula zapatilla de cristal. En un caso como éste, los profesionales sólo pueden hacer conjeturas, porque ¿cómo se pone precio a la zapatilla de Cenicienta? ■



En 1857 estalla la revuelta india dirigida por el majaraní Jhansi. John, muchacho inglés hijo de un militar colonial, logra salvar a una niña huérfana británica y ambos, sin saberlo, jugarán un papel importante en la resolución de los acontecimientos.